
MECANISMO AGRARIO
Ángel Martín
MECANISMO
AGRARIO

MECANISMO AGRARIO

Ángel Martín

1

Era una tarde mortecina y de tonos anaranjados cuando vieron caer al Operario de su Torre de Control. Durante la cena solitaria, Amicus Amatis repetiría varias veces el video de la cámara de vigilancia que hurtó mientras duró la conmoción. Su única compañía lo observa desde el suelo, Zhenya, la siberiana.

Nada interrumpe aquel momento donde la imagen se reúne con los pensamientos.

Zhenya levanta la cabeza para olisquearle el tobillo, como para comprobar que aún tiene pulsaciones y respira pese a aquel trance inducido. Vuelve a centrarse en la pantalla, pensando que bien podría ser el amo el pobre hombre que se veía morir en el video.

–Sus tripas se engancharon en la Gran Cosechadora. –Murmuró.

Amatis aprieta sus puños al borde del sillón y mueve afirmativamente la cabeza.

–Sufrió un desmayo y no tenía las correas de seguridad puestas. Fue casi un suicidio. La mitad inferior de su cuerpo desapareció bajo la Gran Cosechadora. La otra mitad quedó desparramada en varios trozos por el área de los Germinados.

– ¿Estabas ahí? –Zhenya cruza sus patas delanteras y levanta la mirada al amo.

–Claro, en el observatorio. –Responde Amatis. –Tuve que dar la alarma y ayudar a juntar sus restos.

El observatorio es el puesto más liviano dentro del Campo, la vasta zona de Cosechas Monsanto, el granero del mundo nacido para alimentar al entero de la población humana. El noventa por ciento de la fábrica responde a un sistema mecanizado eficiente, pero muchas veces se producen averías o desperfectos por la falta de fondos e insumos. Y aquellos espacios donde el mecanismo falla son puestos que pueden ser ocupados por los Golondrina, trabajadores temporarios que se animan a transgredir los límites de la Metrópolis e internarse en los peligros del Campo y, si sobreviven, son reclutados por las pequeñas comunidades de empleados al servicio de Cosechas Monsanto.

El día que Amatis llegó del Campo, Zhenya lo encontró errando por la zona de pantanos del extremo sur, con fiebre alta y pulmonía. Pero Zhenya tenía un grado en enfermería y, guarecidos en una caverna artificial, aprovechó aquel tiempo para curar a aquel ser tan desesperado y confundido como ella misma. Cuando Amatis despertó, sacudió su rostro de un lengüetazo y le sonrió, simpática. El amo contestó con una caricia que erizó por completo a Zhenya y desde entonces supo que jamás se iban a separar.

Zhenya lo condujo hasta el Campamento Granjero más cercano, donde no tardaron en darle un overol amarillo y un puesto en las torres. El mecanismo era bastante sencillo, pero un procesador de textos cubierto de códigos que aún no comprendía le daba una sensación de vértigo en aquella cima. Por eso lo derivaron al puesto del observatorio, donde tenía que ver la acción de las torres desde las cámaras de seguridad y estar atento ante cualquier inconveniente. Claro que jamás creyó que presenciaría una muerte.

La pantalla de la cámara de seguridad cambió a rojo en cuanto el hombre tocó el fondo del terreno. Entonces ya era tarde. Amatis saltó de su silla y corrió por los altos pasillos sin barandas que comunicaban las torres superiores.

Oprimió cuanto botón de alarma encontró en su camino, gritando de terror y abatimiento ante la fatalidad.

En cuanto llegó al lugar, ya había un pequeño grupo de operarios reunidos, debatiendo qué hacer con el cadáver.

–Tendremos que engancharlo. Pero con mucho cuidado, porque la Gran Cosechadora no puede detenerse hasta el anochecer y tampoco podemos esperar tanto tiempo. ¡Podría arruinarse toda la cosecha de esta temporada!

El grupo se mostró de acuerdo y pusieron manos a la obra. Todos y cada uno de ellos se dedicaron a pescar cuanto rastro de cadáver había en aquella profundidad verde. Utilizando ligas, cañas y artefactos improvisados pronto tuvieron toda el área limpia. Sólo restaban las manchas de sangre.

–Eso no es peligroso. –Anunció Hassan, uno de los operarios más viejos. –El hombre venía de Marruecos pero tenía la sangre limpia. Encontramos un carnet de A+ en sus bolsillos. Ya saben que eso significa que es un extranjero que cumple con todas las normas. Probablemente sea un contratado especial o un técnico enviado por un cuerpo diplomático. Son gente callada.

– ¿Quiénes? –Preguntó uno que no escuchaba bien.

–Los enviados especiales. Son retraídos, antisociales. La mayoría vienen de Marruecos, son refugiados de la Proguerra.

– ¿Refugiados de la Proguerra? ¿De verdad? –Pregunta el mismo interlocutor con TDA. – ¿Y todavía quedan? Creí que toda Eurasia había asumido como lógico el estado belicoso por naturaleza. Después de todo, siempre fueron así…

Amatis sonríe porque nada le resulta tan agradable y humorístico como la xenofobia.

–Momentito... Cuidá lo que decís, mirá que tengo sangre armenia. –Le advirtió con severidad.

El otro quedó callado en un segundo, y no volvió más de su mutismo. Lo que más quería era agradar a todos sus colegas, pero, contrario a sus intenciones, acababa de hacer enfadar al recién llegado más carismático del grupo.

2

La cena es un bollo frío donde revuelan algunas moscardas que Amatis no se preocupa por alejar siquiera moviendo su mano. Es pleno verano y anochece lentamente. Los Granjeros se reúnen en el centro del Campamento con diversos instrumentos musicales y pronto comienzan a cantar, luego a improvisar, entrechocando melodías y voces en una armonía autóctona que se justificaba a sí misma. En plena soledad de campo, Amatis sabía que no había allí abajo más que quince personas, todas compartiendo la experiencia festiva tras un día laboral trágico. Siquiera era un modo de mantener alejado a los espíritus nefastos de la víspera. Pero Amatis ni siquiera se sentía capaz de alejar a las moscardas de su cena sin tocar. Sentado frente a la pantalla, dejó que la imagen lo consuma.

Zhenya se levanta y sale al patio a tomar aire. Piensa en tiempos pasados donde paseaban con Amatis constantemente. Cuando recién había llegado, cuando se lo había quitado a los brazos de la muerte. Claro, entonces predominaba un aura de nueva vida y nuevo mundo por descubrir, pero que,

poco a poco y a medida que los días fueron pasando, se esfumaron del ánimo de su amo.

Zhenya sabe perfectamente que ocurrió algo en cuanto asumió el puesto del observatorio, su sexto sentido está muy desarrollado. Desafortunadamente, la intuición no siempre tiene evidencias sólidas y sus conjeturas no poseían un sustento real.

Pero ella estaba segura que aquel video era el punto culminante en el deterioro del ánimo de Amatis y, sin embargo, sabía que nada podía hacer.

Una vez escuchó que su abuela Carmen le decía a una amiga: El amo no puede mirar ciertas cosas en la tele porque se le aflojan los tornillos.

Zhenya lo recuerda bien, casi la vuelve a escuchar, con esa voz que usan las perras viejas para corroborar sus sabidurías caninas. Pero ella, apenas cachorra, la escuchó y entendió bien por más que no entendiera en qué lugar los seres humanos tendrían tornillos.

Pero ahora notaba que el amo estaba pasando por lo mismo que pasó el amo de su madre. Asfixia espiritual, muerte cerebral. Quizás hubiese un método de eliminar aquel estado de letargo. Zhenya no lo conocía. A ella la regalaron poco tiempo después y enseguida su primer dueño se cansó de ella y su compañía y se suicidó. Y Zhenya ya nunca pudo encontrar el camino para volver a ver a su abuela y averiguar las respuestas a los asuntos más básicos de la vida.

3

La mayor parte de los operarios empleados eran Golondrinas. El fallecido era el único trabajador oficial de la Cosecha. Hassan, el más antiguo del grupo

ignoraba los posibles avatares de aquella desventura. Sólo podía pensar en lo peor. Sin trabajo ni dinero, en medio de aquella nada, sería devuelto a las zonas exteriores al campo junto a sus colegas, donde en vano intentarían llegar hasta los muros de la superpoblada Metrópolis, donde, desde luego y a causa de ello, no los dejarían entrar.

Por lo tanto sabía que no tenían más opción que resistir los posibles embates de la empresa, quizás a realizar por algún otro enviado especial. Para evadir tales preocupaciones, dedicó su jornada a la carpintería, su pasión. Comenzó haciendo cabezales para cajones de frutas. Pero lo que más disfrutaba él de todo aquello era poner sus manos en la sierra eléctrica. Era su herramienta predilecta, el motor vibrante en sus manos le hacía sentir que tenía una criatura viva, de otro mundo, sedienta de aceite y combustible, hambrienta de gruesos troncos. Poseído por la máquina, algunas veces dejaba que la hoja se moviese un poco por el espacio agrario, llevándose a su paso algún improvisado gallinero para las aves mutantes que los granjeros obligaban a dar huevos pese a que su lapso de vida no superaba los tres días. Por eso se permitía aquella inofensiva destrucción, para liberar aquellas plumas deformes de aquel excremento hediondo que se amontonaba alrededor de sus alimentos proteínicos experimentales. Picos y garras se mezclaban en el aire con sangre y astillas al paso de la motosierra. Sin tiempo a salvación, sólo los perros alertaban a los granjeros que dormían bajo la receta de medio Clonazepam, y los cuales, una ve llegados al lugar, no podían encontrar ni sus propias sombras.

Aquel crimen de destrucción a la propiedad de sus colegas era su modo de manifestar su desacuerdo con Monsanto y todo aquel Campo. Despreciaba la cosecha, pero era el único recurso para tipos de su calaña. Y los más infelices de sus compañeros comenzaron a tomar en gracia el rumor de la aparición fantasmal de La Segadora, como espíritu vengativo contra los granjeros y

culpable de tantas destrucciones de gallineros. Como era el más viejo, no lo discutieron. Pronto el misterio se volvió un hecho. Y cada vez que una destrucción similar tenía lugar nadie sospechaba de Hassan sino que maldecían a voz en cuello por la perfidia de La Segadora.

4

Amatis se sienta sobre la pequeña medianera que separa las verduras de las hortalizas. A su lado Zhenya se mueve, inquieta, esperando que su amo le arroje una varita a la cual apresar de inmediato. Pero las inquietudes de Amatis están en otro lado.

En el verano pasado hubo una invasión de cucarachas de agua. La noche que preludió a la Lluvia Magnética. La nube de insectos copó el Campamento Granjero y por poco alguien activó las alarmas y la Cosecha se salvó, cerradas las pesadas compuertas que rodeaban todo el perímetro. El equipo de turno la pasó mal, tuvieron que refugiarse en un sótano sin luz ni abastecimiento alguno. Era un fenómeno extraño para un espacio que había sido especialmente esterilizado para la Cosecha. No faltó quienes dijeron que Monsanto ahora se dedicaba a experimentar con formas de vida que influyen en la conducta humana. La guerra insectil. La tormenta fue de relámpagos y absorciones metálicas. Hubo que asegurar cada una de las herramientas para no ser succionadas por el clima. A la mañana siguiente, Amatis y el resto del equipo desde las torres, pudieron observar todo el Campamento Granjero cubierto por las cucarachas muertas. Había un insoportable olor a pescado, pero cuando la gente del sótano consiguió salir no lo percibió en absoluto desagradable. El encierro era mucho peor. Comenzaron la limpieza conformes

mientras otro equipo se disponía a reabrir las compuertas para continuar con la Cosecha.

– ¡Zhenya!

Amatis silba y la siberiana para las orejas y se prepara como para una maratón. Pero es apenas un trotecito el que necesita, para enseguida afirmar sus patas delanteras, derrapar con las de atrás y hacer saltar unas piedritas que chocan con los tobillos de Amatis. Posa una de sus manos sobre el lomo del animal, y comienza a acariciar el pelaje. Zhenya se queda inmóvil, de pie, como se pone cuando está por llover.

Amatis ve la sombra proyectada delante de él. No se alarma: reconoce la sombra gruesa y larga de Hassan. El viejo se sienta a su lado y saca un grueso canuto.

– ¿Fuego, pibe?

–Claro.

Amatis le alcanza sus fósforos. Hassan toma el canuto y los fósforos que le pasa el otro. Es una caja amarilla con el dibujo de una fragata. El logotipo de Monsanto brilla en la parte superior.

Hassan sostiene el canuto con una mano y, en una destreza del uso de los dedos índice y pulgar, enciende un fósforo. Lo acerca a un extremo del canuto mientras chupa el otro extremo inflando los cachetes, se lo pasa a Amatis y sopla soltando un largo chorro de humo.

–No, gracias, don.

Hassan se ríe y vuelve a su canuto enseguida. Cuando se ríe se le exageran las arrugas alrededor de los ojos y muestra los pocos dientes amarillentos y rotosos que le quedan.

–Pensé que querrías. ¿Con qué te estás dando vos, pibe?

Amatis sacude la cabeza y sonríe lúgubremente.

–Con nada, don. De verdad. No me hace falta. Paso muchas horas allá arriba pero me entretengo nada más mirando.

Hassan lo mira de reojo y escucha con atención sus palabras. Termina el canuto en silencio. Algo en el fondo de su corazón le dice que Amatis no anda nada bien. Se le ocurre entonces que, quizás, sea un problema físico, una enfermedad aún no detectada.

– ¿Y el marroquí?

–Hay que sacarlo. Tiene familia, ¿sabe? Quizás llevárselo a ellos...

– ¿Y quién haría ese viaje?

–Monsanto tiene recursos, debe tener gente encargada de transportes aéreos, ¿no?

–Claro que sí. Desde luego.

–Pero usted cree que la empresa no se tomaría la molestia...

–No, el Campamento Granjero es un mundo aparte y a ellos no le interesa más que el producto. Al marroquí sólo lo conocimos nosotros.

–Claro. –Amatis pensó en las dos o tres palabras que había cruzado en algún momento como cortesía con aquel operario ahora fallecido.

–Vamos a organizarle una ceremonia de despedida esta tarde, ¿venís?

–No sé. No me gustan mucho esas cosas.

–Bueno, no hay drama. Te dejamos espacio como siempre, ya sabés.

Hassan se pone en pie y se aleja de la medianera. Camina en línea recta hacia las líneas del ascensor. De espaladas parece más viejo.

5

Amatis instaló un catre en su puesto de observación, por lo que ya no tiene necesidad de quedarse en las barracas. Nadie le objetó su traslado, así que se instaló tan cómodo como pudo. Zhenya lo seguía como siempre, y a veces pensaba que en realidad era él, Amatis, la mascota de aquella canina.

– ¿Hoy también pensás estar tirado todo el día?

–No sé qué más querés que haga. –Contesta Amatis sin mover más que los músculos necesarios.

–Al menos podrías lavarte los dientes y prender un espiral para que no nos coman tanto los mosquitos.

Zhenya está en lo cierto, y Amatis se levanta para buscar la caja de espirales aunque no piensa cambiar su conducta no moverse de la pantalla. Todo lo que hay allí fuera está contenido en aquellos cinco paneles de cristal líquido, ¿por qué molestarse ahora?

Enciende el espiral y vuelve a su catre, de costado mirando las pantallas. Zhenya se acomoda en el piso de mosaicos, muchos más fresco.

Mucho rato después lo despiertan unas voces. Son otros operarios venidos a cumplir su ronda. Amatis se sorprende por la profundidad con que se ha dormido que no los escuchó llegar. Zhenya no estaba. Probablemente se habría despertado, aburrida, y luego decidido ir a dar una vuelta por el Campamento.

Amatis se levanta de su catre, enseguida enfrenta a los dos operarios. Uno de ellos es el viejo Hassan.

– ¡Qué bueno que despertaste, pibe! Hay noticias: saliste sorteado para llevarte al marroquí.

Amatis no entiende una palabra de lo que escucha. Se quita unas lagañas de entre los ojos y se rasca la cabeza. Hassan le estrecha la mano con un gesto de tristeza.

–Lo lamento. El grupo lo acordó anoche durante la despedida.

– ¡Mierda! Tendría que haber ido…

–Pensé lo mismo, pero la mayoría se pronunció de acuerdo. Yo tan sólo pude contar a tu favor sobre la muestra de humanismo que me diste el otro día.

– ¡Muchas gracias! –Repuso Amatis con ironía.

–Lo lamento. En tres días estarás de vuelta. Además, te llevás el cincuenta por ciento del seguro de vida del marroquí. Es clase A+ por lo que podés esperar una interesante suma con la que podrías hasta conseguir un piso en la Metrópolis.

–Entonces, no puedo negarme, ¿verdad? –Poco le importaba a Amatis la posibilidad de volver y conseguir algo en la Metrópolis. Sabía que tampoco quería volver a aquel tumulto.

–Ha sido un acuerdo del grupo entero, no se te permite negarte. Si no estás de acuerdo, entonces, tendrás que abandonar la Cosecha.

–Eso no cuenta como posibilidad para mí.

–Ya lo sabemos, por eso queremos que lo hagas.

– ¿Y por qué no va alguien de la empresa directamente?

–Ahora mismo todos somos parte de la empresa. A menos que sea expedida el acta de defunción del marroquí nuestros sueldos estarán congelados por falta de un supervisor oficial.

– ¿Entonces?

–Entonces nadie va a ver un peso porque la empresa va a limitarse sencillamente a enviar dinero a la cuenta del marroquí, quien se encargaba de administrar los fondos para pagarnos a nosotros.

– ¿Y cuando esto pase? ¿Va a venir alguien más?

–Seguramente, esta jerarquía se mueve de lejos, pibe. No tengo idea cómo se maneja. Pero lo que sí sé es que siempre se necesita mano de obra esclava, mano de negro, vos me entendés. Antes teníamos sindicato, hacíamos huelgas, luchábamos por nuestros derechos. Pero de golpe fuimos muchos y la burocracia nos enredó. Había mucho infiltrado, mucha corrupción. Al final la empresa lo solucionó con la subcontratación, es decir, somos empleados de empleados. Y lo peor de todo es que ni siquiera sabemos quién es realmente el empleado oficial a menos que ocurra una desgracia como esta.

–Entiendo. Pero entonces, si mandan otro, al menos sabremos que es el empleado "oficial"...

–Ojalá, pero no es tan sencillo. En realidad, hay un período de escarnio, donde la empresa envía una cuadrilla médico–militar para limpiar toda la zona. Cuando eso ocurre nos dispersamos, sólo nos consienten si nos encuentran en soledad y tras los límites del perímetro. En esas condiciones nos perciben como hombres salvajes y nos tratan como animales, pero luego se marchan y volvemos a poner en funcionamiento la Cosecha. Entonces siempre aparecen rostros nuevos para suplantar a otros que no tuvieron la suerte de conservar la vida tras los márgenes del perímetro.

–Entiendo. Es un proceso bastante complejo. Jamás había escuchado algo así.

–Es el modo en que se hacen las cosas cuando algo así sucede. Por lo general los que más morimos somos los Golondrinas. Pero aún así, para nosotros, una muerte es una muerte.

Hubo un silencio breve que interrumpió el acompañante de Hassan, quien no había dicho una palabra hasta el momento:

–Muy bien. Comencemos los preparativos. Es un viaje largo hasta el Incinerador, además de muy caluroso.

Amatis asintió moviendo la cabeza mientras recibía una mochila con los elementos necesarios para su viaje. Le pesaba en la espalda y no quería pensar en que llevaba la mitad de los restos del operario. Hassan lo miró complacido y lo ayudó a acomodarse, a distribuirse mejor el peso. Luego, los tres hombres golondrina salieron.

El puesto del observatorio quedó vacío, a oscuras y en silencio. Sólo la luz mortecina que se desprendía de las pantallas generaba una tétrica penumbra. Rato después Zhenya entró en la habitación. Le sorprendió no encontrar a Amatis arrollado sobre su catre, con la mirada perdida en aquellas pantallas y soñando despierto. Se recostó a un costado de nuevo, sobre el piso de mármol que estaba más fresco. Cruzó las patas delanteras y apoyó su cabeza. Cerró los ojos. Pero no podía dormir. Con los ojos cerrados contemplaba la pura oscuridad tras los párpados cerrados, que luego se iba volviendo gris, blanco, rosa, se llenaba de puntos blancos como estrellas y luego volvía a negro otra vez.

6

A la salida del Campamento Granjero pararon a inflar las ruedas y cargar agua para el mate. Amatis comprobó sus frenos dando unas vueltas por la pista de cemento hasta el descampado que comenzaba inmediatamente después de las manchas de aceite y combustible. Decidió que tendría que ajustarlos un

poco. La noche iba terminando en pálidas estrellas. No faltaba mucho para amanecer. El nuevo día los encontraría pedaleando.

Vinchuca, uno de los operarios recientemente incorporados y que sería su compañero de viaje, dejó el termo en el suelo y se metió a uno de los baños.

Amatis miró la hora. Cinco menos cuarto. Metiéndole pata y sin contratiempos a la noche estarían llegando a la zona del Incinerador. Destino fin de viaje.

Se desperezó y tocó con una mano el bolsillo izquierdo de la camisa de nylon: el dinero del seguro ya estaba allí, no realmente pero ya podía sentirlo. En cuanto dejasen al marroquí en el Incinerador. Los operarios de la planta le darían el dinero del seguro junto al acta de defunción. La mitad era para su compañero de viaje, con quien compartía el cargamento.

Vinchuca le pegó un grito, apoyando un pie sobre el pavimento y otro en el pedal.

– ¿Listo, compañero? –Gritó, a su vez, Amatis.

El otro le dijo que sí. Vinchuca comenzó a pedalear adelante. Amatis lo alcanzó por el lateral izquierdo y no tardó en seguirle el ritmo. Dieron la vuelta por el playón. Los dos levantaron una mano para saludar al operario de turno. Salieron despacio a la ruta vacía.

–L'aventura é finita. –Gritó Vinchuca alegremente sintiendo la caricia del viento en un rostro terciado de tierra, sol y labores agrarias.

Amatis sintonizó una red de música y la puso en altavoz. El sonido salía por el extremo de los manubrios. A esa hora todas las redes de audio pasaban música, electrónica o baladas pop. A la madrugada sólo los camioneros y los serenos se conectan la red y, aunque parezca raro, a esos tipos les encantan las baladas pop de las boy–bands. De a ratos se perdía un poco la señal y el audio siguiente tardaba en cargar. Comenzó uno de los Backstreet Boys que le

recordaba a alguien que había conocido, una donde animan a sus fans a dejar a sus novios e irse con ellos que sí son perfectos a diferencia de sus parejas de carne y hueso. A Vinchuca parece gustarle la canción y enseguida se aprende el estribillo. Luego, oprimiendo un botón la descarga a su propio vehículo para escucharla en futuros viajes solitarios. Vinchuca es más joven que Amatis y mucho más atractivo. Varios compañeros le hicieron propuestas que acabó rechazando por no tener interés. Se declaró asexual pero el resto del grupo no pudo sino dejar escapar suspiros por la pérdida de una belleza tan femenina.

– ¿Por qué te dicen Vinchuca? –Pregunta Amatis.

–Por Binchucarat.

– ¿Es tu apellido?

–Ajá. –Dice sonriendo. Tiene una dentadura limpia y brillante.

– ¿Y de dónde sacaste ese apellido?

–Me lo puso la patrona de mi madre. Una señora italiana, de mucha fortuna. Mi madre le limpió la casa hasta que yo tuve siete años. Hasta me enseñaba a hablar italiano la señora. Ahora no me acuerdo un carajo. Ella me quiso adoptar porque no podía tener hijo, pero mi madre se opuso con una terquedad animal que nos hace dudar que la idea de maternidad sea una mera convención social. Quizás sí existe un vínculo fuertemente ligado a la naturaleza. Al menos, eso fue lo que dijo aquella señora que tenía el departamento más amplio que vi en mi vida. Con todas las comodidades. El marido había sido gerente de Claro. Alquilaron un campo y comenzaron a producir algodón de modo independiente. Nunca volvieron a su país. Giovanna se llamaba, con una ge bien marcada que sonaba casi a jota. Los italianos tienen una acentuación muy particular que deriva del enojo continuo por ocupar la peor de las costas marítimas de Eurasia. Algo de geografía me acuerdo –Se ríe. – Si me hubiesen adoptado ahora sería todo un Médici. Capaz

me dedicaría al mecenazgo de algún artista de la Metrópolis. El mecenazgo es el apoyo financiero a jóvenes prometedores en algún área de valor para la humanidad entera. Quizás podría ayudar a alguien que tuviese alguna solución para nuestro actual problema de superpoblación y sobreexplotación agrícola.

– ¿Y por qué dejaron a la señora?

–Mi madre tenía quince años cuando nací. Muy joven. Después se juntó con un hombre mayor y simpático que nos llevó a vivir a las islas. Ahí terminé la infancia. Si vieras lo bella que era mi madre. La señora italiana la trataba como a una hija. Cuando nos fuimos tenía dos baúles llenos de vestidos que le regaló la señora y zapatos de todos los colores. La gente adinerada suele usar la ropa así una vez y la tira, pero para mamá era estreno. Ni bien nos acomodamos en la isla, su hombre le prendió fuego a todos los trapos. También a mi mudita de ropa. La fogata duró toda la noche. Mi madre se durmió llorando entonces.

Amatis imaginó el rostro desdichado de la madre de Vinchuca.

– ¿Y lo perdonó? Al hombre, ¿lo perdonó?

Vinchuca soltó una carcajada.

– ¿Por la ropa? Supongo que sí porque todavía siguen bajo el mismo techo.

Amatis acompañó la sonrisa del otro, pese a que ambos ignoraban por completo los pormenores de llevar una vida en pareja y cómo los rencores acaban atando más que el amor.

Poco después dejaron atrás los montes de palo borracho que se extienden a uno y otro lado de la ruta hasta el empalme con la 12. Amatis está orgulloso de ese tramo por el que se entra o sale del Campamento Granjero. Luego comienza un túnel verde y perfumado de plástico transparente por donde las ruedas giran siguiendo las ondulaciones de las cuchillas.

7

Zhenya despierta sobresaltada. El sol entra a raudales por la ventana del puesto de observación y siente su propio pelaje seco y caluroso. El catre de Amatis sigue vacío. Escucha ruidos que vienen de afuera, del campamento. Hay olor a comida. A comida rica, piensa Zhenya con alegría, la comida del grupo. No los picadillos de carne con pan que Amatis preparaba cada día. Se levanta de un salto y baja hasta el campamento sin demora.

– ¡Comida!

Un operario se halla revolviendo algo en una cacerola inmensa con una gigantesca cuchara de madera.

–Hola, Zhenya. –la saludan y recibe una caricia de un operario que sin dudas la conoce pero a quien no puede identificar. Le cuesta mucho diferenciar a las personas con quienes no establece un vínculo. –Parece que tenés hambre. Ya estaba pensando en separarte algo para vos. –Extrae la olla con un mejunje de guiso y carne y toma un gran hueso con cuidado de no quemarse. Se lo arrima a Zhenya y ella lo toma con la punta de sus colmillos, con el mismo cuidado de no quemarse, y lo deposita lentamente a sus pies.

–Gracias. –Dice Zhenya.

El operario sonríe nervioso, no puede creer lo que acaba de escuchar. Un perro que termina de darle las gracias. Se aleja momentáneamente de la olla y se encierra en el baño. Zhenya se lamenta creyendo que a esta altura ya todo el campamento debía estar al tanto de sus capacidades lingüísticas. Desafortunadamente no siempre es así, y nuestros planes no tienen por qué ser coincidentes con la realidad. Levanta el hueso y se aleja. Se echa en la hierba y comienza a mordisquear, pensativa. Hurga con sus colmillos, mueve

la cola sin detenerse en controlar ese otro impulso, y piensa en Amatis, nostálgica. Se había ido sin despedirse. Desde luego que sería por algún tema urgente. Algún asunto exclusivamente de hombres que la excluía por completo pese a ser capaz de interpretar las palabras de aquellos seres bípedos y quejumbrosos.

El hueso está sabroso, caliente y tierno, delicioso. Zhenya lo gira en busca de algún perdido trocito de carne pero el hueso está pelado.

Juguetea con el hueso volteándolo con su hocico y los olisquea, saboreando el aroma de la comida. Luego comienza a lamer el hueso hasta que sólo queda el sabor óseo mezclado con algo de tierra ligada por su saliva. Así y todo, la salsa estaba tan buena que Zhenya puede sentir el gusto incluso en las partículas marrones que ingiere con deleite. Piensa entonces que querría otro. Mira en dirección al campamento y observa que el operario espantado ha superado su crisis nerviosa y otra vez está revolviendo la olla. Avanza con sigilo hasta el lugar y logra acercarse al lado del operario sin que este la perciba. Entonces, comienza a mover la cola.

En ese momento, el operario da media vuelta y enfrenta a Zhenya.

– ¡Ah, volviste! Creí que te había asustado.

Le sonrió y le acarició la cabeza despreocupadamente.

–Disculpame, a veces paso demasiadas horas en silencio en las torres y empiezo a escuchar como que las cosas me hablan, ¿viste? No me hace bien. El psiquiatra me recetó pastillas. Comencé escuchando las grúas pero ahora, si me olvido de tomar las pastillas, parece como si cualquier cosa me hablara. Pero, como te digo, es cosa de permanecer tantas horas en silencio y allá arriba.

Señaló las torres. Sólo un operario se veía en la altura cumpliendo meros labores de mantenimiento.

–Te imaginarás lo que es pasar un turno de diez o doce horas acá arriba tan sólo viendo una figura lejana como compañía. –Le dijo guiñándole un ojo.

Zhenya levantó la cabeza para observar al operario, se puso de pie y sacudió la cola. Se dejó dar una caricia y se alejó en silencio. Salió al patio. El terreno trasero en aquella parte era bastante grande. Sin embargo, más de la mitad de aquel espacio se hallaba descuidado, con pastizales que llegaban hasta la cintura. Pensó con tristeza que si alguno de aquellos hombres estuviese al tanto de que los cultivos no necesariamente dependen de las maquinarias, y que, en todo caso, ellos mismo constituían el mecanismo milenario para el cultivo de alimentos. Pero lo habían olvidado. La automatización y las cámaras virtuales habían encerrado al hombre a un existencia simbiótica con el aparato, con cualquier aparato, y la superpoblación en aquel contexto llevó a la "crisis de la información", una completa aniquilación ontológica de la humanidad por entero, y un concepto que quedó relegado al uso de los más catecúmenos por tratarse de una construcción discursiva que ponía en tela de juicio la norma adaptada casi contra la voluntad propia, aunque en realidad también carecían de esta. Si la crisis de valores significó, a fines del siglo pasado, la inversión de las normas y la caída de las figuras de respeto, el comportamiento anárquico o liberal determinó la proliferación de subjetividades sin regulación alguna que, finalmente, cualquier persona vivía en su propia burbuja. Zhenya los había visto de toda clase: desde los locos que se creían elegidos de dios o que participaban en algún ritual arcaico de un tribu a la cual nunca había conocido realmente, hasta personas más lastimosas de comportamientos compulsivos, como el adicto a asumir identidades falsas o el acosador, persiguiendo a otras personas en las calles. En aquella inmersión urbana las prioridades se alteraron, y el cultivo de la tierra, la más primordial de las habilidades del hombre fue tomada por las empresas. Y entonces, de

algún modo, el hombre dejó de ser. Lo más parecido que Zhenya había encontrado había sido en compañía del Campamento Granjero. Los operarios guardaban reminiscencias de la vida agreste que Zhenya tuvo cuando no era más que un cachorro. Levantó la cabeza una ve más para ver en la altura al hombre que cumplía su turno en soledad. Se encuentra recostado sobre una de las vigas y lleva puesto un sombrero de paja. El sol está muy fuerte. Se lo nota muy concentrado. Zhenya podría ir hasta allí para ver qué está haciendo, pero siete pereza. Hace mucho calor y siente la cabeza pesada. Prefiere acomodarse bajo la sombra de una parra. Se acomoda sobre unas lonas que alguien olvidó guardar en el depósito. Tiene manchas de aceite y hollín porque alguien lo habría usado para limpiarse las manos durante algún recambio.

Se recuesta plácidamente y cruza sus patas delanteras, luego deja bajar su cabeza con los ojos entrecerrados. Clava la vista en un tramado de hojas, observa los tallos correosos desparramándose sobre las guías de cobre que transmiten los pulsos vegetales que mantienen en funcionamiento a la Gran Cosechadora.

Despierta para la hora del almuerzo. El hambre y el aroma la despertaron. Ningún silbido oyó esta vez, siquiera viniendo desde arriba donde alguna vez estuvo Amatis. Sin darse cuenta emite un débil llanto.

Al llegar a la carpa comedor se topa con una mesa repleta de pollos horneados, torrejas de acelga y un arroz completamente amarillo, casi dorado, que parecen tanto alimento como ornamento. En otra mesa se apiñaban los operarios, quienes acababan de servirse sus raciones, para completar sus almuerzos con aderezos de todo tipo. Se ponen a discutir porque alguien se ha llevado una última lata diminuta, apenas más grande que una píldora, que Zhenya jamás ha probado. Aprovecha para entrechocarse las piernas y levantar

con su hocico una torreja del suelo. La devora enseguida, antes de preguntarle a la torreja si quiere ser alimento.

El aire de discusión se disipa y los operarios se sientan a almorzar. Hacen comentarios sobre deportes mientras mastican y Zhenya junta las sobras que se caen de aquellos labios descuidados.

Alguien le entrega en el hocico una pata de pollo casi entera. Zhenya la toma y se aleja rápido, sin llegar a escuchar al operario que increpa a su compañero por aquel gesto.

– ¿Cómo le vas a dar el pollo así? ¡Mirá si se atraganta con algún hueso!

–Ah, es un pollo de campo, nada más. –Se justifica el otro. –No hay nada de malo con los pollos de campo los que tienen huesos peligrosos son los de criadero.

El primero lanza una risa insolente.

–Así que ahora sos Ingeniero.

El otro guarda silencio y Zhenya ya no los oye. Se acomoda una vez más en el extremo de la carpa comedor. Con el pedazo de pollo entre sus patas delanteras, fingiendo que no siente nada por la repentina partida de Amatis.

8

Amatis y el Vinchuca frenaron al mediodía para almorzar. El calor rajaba la tierra. A aquella distancia del Campamento Granjero la ventilación era débil y escasa. Abrieron sus viandas y cada cual extrajeron una malta bien fresca. Se prenden uno. Hay otros Golondrinas apostados a lo largo del camino, algunos en envíos especiales como los de Amatis y Vinchuca, pero la mayoría asándose al sol, desempleados, esperando ser reclutados por algún Campamento.

Hombres envejecidos en la espera, erosionados por las horas de inactividad, sumidos en sus propios silencios.

Una mujer joven se acerca a Vinchuca. El joven la relojea, tiene buen cuerpo. La musculosa blanca se le pega al torso transpirado. Tiene brazos delgados, gráciles, que cualquier hombre podría quebrar sin esfuerzo. Cuando pasa a su lado, el Vinchuca le mira el trasero, lo mira a Amatis, sonríe y hace un gesto de aprobación. Amatis le hace un gesto indignado, no le parece apropiada la conducta de su compañero. Claro que la mujer es linda, debe tener un aroma bien diferente del que se respira por aquí, un olor amable a jabón y arenilla.

Sin percatarse, la había estado mirando todo el rato que hasta ella se dio cuenta y le sonrió. Vinchuca también se da cuenta y le guiña un ojo mientras levanta su pulgar.

– ¡Winner! –le dice con algo de envidia, porque no lo miraron a él.

Amatis mueve la cabeza.

–Yo estoy fuera de carrera hace rato, bro.

– ¿Sos casado?

Amatis dejó escapar una carcajada sarcástica.

–Yo me voy a morir soltero. Lo único que me gusta de las mujeres es su sexo. –Amatis recrudece su voz en un recuerdo amargo.

–Y... Tiene sus cosas... Yo soy divorciado. –Contó Vinchuca. –Tres años de divorcio. Dos chicos. Tengo que enviarles la pensión todos los meses, y con la inflación que hay no tardé en quedarme en la ruina. Vine al Campamento Granjero por el espacio, la comida y el pago. Si fuera el ejército me lo pensaría dos veces, ¿sabés? Pero acá el sacrificio es al principio, después es más...

–Así es, chamigo. Después se hace más liviano, como el ave reflejada en el lago en cada ocaso. –Amatis echó a reír de nuevo, con esa risa contagiosa y toda centelleante que produce la malta. –Una vuelta, siendo changuito, me junté. Con una mujer mayor. Al principio todo anduvo diez puntos. Cama y comida caliente. Rancho y ropita limpia. Pero era terriblemente celosa. La tenía todo el tiempo encima. Ni ganas de mirarme a otra. Pero cuando la mujer se percibe deficiente en el icono de belleza imperante en la sociedad de consumo se pone así. Todos los días me reclamaba algo. Algún detalle, algún cambio en mi conducta. No podía estar malhumorado, ni aburrido, ni me podía reír. Imaginate. Así que agarré mis cosas y me las tomé. Caminé muchísimo. Nunca llegué a la Metrópolis. Llegué hasta el Campamento de casualidad. Me salvó un perro.

La mujer se detiene ante ellos y, observándola de más cerca, entienden que se trata de un mensajero. Todo es un simulacro. Nadie presta atención. El cuerpo de la mujer se revela como una proyección holográfica favorecida por el sol. Sólo queda un negro tubo flotante que oficia de intercomunicador. Lo llaman el intérprete. Está prácticamente encima de Amatis. Él lo toma. Es un trozo de papel que guarda enseguida.

Luego se deciden a comer. Sendas latas de pasta vegetal y carne enlatada para cada uno. Mientras, allá lejos, el intérprete sigue su camino, flotante al costado de la ruta.

– ¿Qué le puso en el papel?– Pregunta Vinchuca mirando en dirección al camino y señalando al recién despedido.

–No sé. Es algo que tengo que entregar en nuestro destino. Con esto nos pagan por el marroquí. No sé por qué lo hacen así. Hace poco que estoy acá y es el primer encargo de este tipo que tengo que hacer.

Vinchuca movió la cabeza.

–Claro, después de todo somos casi todos ilegales los que trabajamos en este sector.

Después, el Vinchuca le dijo que se iba a tirar a dormir la siesta a la sombra y Amatis se fue a caminar un poco para bajar la malta y el resto del almuerzo. Llegó hasta el borde la ruta. De ahí miró al lugar donde se habían detenido, la multitud de vagabundos desempleados reposaban al sol, algunos de pie, otros sentados, pero todos inmóviles, esperando el llamado del Campamento. Prendió un cigarrillo. Eso es lo que le esperaba si quedaba cesante. Porque Cosechas Monsanto da una oportunidad a todo recién legado al Campo, pero las segundas oportunidades sólo pueden conseguirse con micro emprendimientos privados, generalmente ilegales y de tarea tóxicas. Pero a veces, uno cae tan bajo que no puede sino atravesar el camino en sus rodillas.

Bajó la lomada de la banquina. Caminó un poco entre los pocos espinillos retorcidos del predio y rodeó la construcción de cemento en busca de los baños. Atrás encontró al intérprete. El mismo tubo metálico flotante lo había estado esperando.

El aparato emitió luces y s inclinó para ser tomado por Amatis. Habló por uno de sus extremos.

–Encender. –Dijo.

El aparato emitió unos acordes del poema sinfónico La rueda giratoria de Dvorak.

– ¿Mensajes?– Preguntó Amatis.

–Chequeando…

–Abrir conexión alternativa. Conectar operador A–M–I–C–U–S–A–M–A–T–I–S a Puesto de Observación 5.

–Conectado.

–Buscar videocinta de seguridad. Nombre A–C–C–I–D.

–Elija una de las opciones. Seleccionar, Copiar.

–Copiar. Enviar archivo a terminal E–F–F–5–0–9–R–3.

–Enviado.

–Seleccionar archivo A–C–C–I–D.

–Seleccionado.

–Eliminar archivo A–C–C–I–D.

–Archivo eliminado.

– ¿Mensajes?

–Usted tiene un mensaje.

–Leer.

– ¿A dónde van? Zhenya.

–Responder a Z–H–E–N–Y–A. Texto: A despedir a un amigo. Salimos de urgencia. Perdón por no avisar. Enviar.

–Mensaje enviado.

Amatis se alejó del intérprete, aquel aparato lo exasperaba con su funcionamiento y conversaciones automáticas. ¿Qué modo de comunicarse era aquel? Se lamentó por Zhenya un instante y por no haberle avisado, pero, por otro lado, Amatis no debía rendirle cuentas a nadie, era un hombre libre, sin ataduras de ningún tipo. Finalmente entró en los baños y luego corrió a reunirse con Vinchuca, quien se desperezaba a la media sombra de un retorcido espinillo.

–Ya estoy, ¿arrancamos? –Pregunta Amatis cuando llega. Se mojó la cabeza en el baño y el cabello, medio largo, le chorrea gotitas sobre los hombros.

–Bueno, vamos. –Dice Vinchuca. Se levanta y toma el termo con agua caliente.

–Este clima sí que no está pa'mate.

– ¡Cada idea tenemos nosotros! –Exclamó Amatis socarronamente.

Se suben a sus bicicletas y comienzan la marcha. Los sigue un pequeño enjambre de moscas. Algunos se mueren entre los rayos de la llanta mientras pedalean por acercarse demasiado sin precaución.

–Puta madre. –Rezonga Amatis. Algunas dejan sus fluidos chorreando sobre la llanta y dificultan el pedaleo.

Vinchuca abre el termo de agua caliente y echa un chorro en dirección a su rueda delantera. Algunas gotas amenazan con quemarlo pero prosigue ileso. La llanta delantera completamente limpia y radiante lo empuja a mayor velocidad. Van en bajada. Amatis tarda un rato en alcanzarlo. Cuando vuelven a encontrarse, el agua todavía está caliente y Amatis aprovecha para limpiar su rueda delantera.

9

En el puesto de observación, Zhenya enciende la ventilación con el hocico y se recuesta. Le llama la atención la luz de la terminal de Amatis. Está conectada y recibiendo archivos.

Es un infrasonido que comienza leve y luego rasquetea con mayor intensidad en los tímpanos de Zhenya. Sin poder evitarlo, lanza un aullido en el puesto de observación vacío.

Finalmente el sonido desaparece. Una voz anuncia al cuarto solitario:

–La recepción de archivos ha sido completada.

Zhenya mueve la cola en dirección a la voz. Sabe que es una simulación, pero aún así siente una alegría instintiva.

Deja escapar un gemido pensando en Amatis, y busca el intérprete sobre el escritorio para ver si hay alguna novedad. Escucha la lectura de un mensaje nuevo. Una disculpa, al menos.

Zhenya comienza a dudar de si misma y sus elecciones. Probablemente se había equivocado con Amatis. Quizás no habían estrechado sus vínculos tanto como ella lo había sentido. Los seres humanos son criaturas complejas, envueltas en capas y capas de significados como ninguna otra especie.

¿Y qué podía hacer ella?

Se recuesta nuevamente, cruzando las patas, y luego el monitor principal se enciende. Zhenya observa un puntero moverse dentro de la pantalla y luego una barra de progreso que muestra un archivo siendo destruido.

Luego la pantalla se apaga y todo vuelve a la tranquila soledad donde Zhenya rehuye a sus propios pensamientos en aquel cuarto rodeada de cables e interfaces.

Se adormece y se hunde en el sopor del cuarto. Siente que nunca duerme lo suficiente.

10

Cae el atardecer en la ruta. Ahora Vinchuca y Amatis son dos almas solitarias en medio de la nada. El cielo está completamente rojo, como si los montes de eucaliptos, ese árbol largo y de tronco lastimoso que abunda en la zona, lo hubiese lacerado a lo largo de todo el día para finalmente dejarse sangrar por todas las pequeñas heridas.

Vinchuca dice que tiene ganas de orinar y ambos se detienen a un costado. Amatis se queda al cuidado de los vehículos y enciende un cigarrillo mientras

su compañero se aleja unos pasos para descargar la vejiga. Ambos sienten el cansancio en los brazos de llevar el volante fijamente. Las piernas, al menos, no las sienten tanto. Llevan el motor encendido en cada una de las subidas.

Y todavía faltan cien kilómetros. Llegarán por la noche como estaba previsto. Ahora que alta poco, Amatis toma conciencia de su carga. Apoya una mano sobre la lona que cubre su encomienda: dentro van los restos de un hombre. Una noticia terrible pero que pasará desapercibida. Cuando se lleva el cigarrillo a la boca ve que su mano tiembla. ¿Acaso eso es lo que vale la vida de un hombre? ¿Perderlo todo para terminar camino al incinerador?

El marroquí era joven. Seguramente hay un padre y una madre, un matrimonio ya viejo para tener otro hijo, pero todavía joven como para poder haber disfrutado de éste unos quince o veinte años más. Un hombre y una mujer que en aquel mismo instante estarían perdidos en los recovecos de la Metrópolis terminando con sus quehaceres diarios, sordos a las relaciones que alguna ve entablaron, ahora adormecidos sobre el destino de este único hijo. Al menos de ese modo no se experimenta sufrimiento, se consoló Amatis. En el desprendimiento absoluto de las relaciones humanas, en la completa asunción solipsista del ego, poco importaban las muertes de los allegados. Era mejor pensar que los padres habían tomado el mismo camino que el resto de la sociedad. Un día común y corriente escucharán que ha fallecido uno de sus seres queridos. Y al día siguiente seguirán despertándose para cumplir sus funciones.

Amatis se aleja unos pasos de los vehículos, les da la espalda, llega hasta la ruta y camina unos pasos. Escucha que Vinchuca le grita:

– ¡Eh! ¿Qué hacés?

Amatis levanta el brazo como pidiéndole que lo deje solo. Dobla el cuerpo, apoya las manos en las rodillas y suelta un chorro de vómito, devuelve la

malta y el resto del almuerzo. Se limpia la boca con el dorso de una mano y respira el aire denso y caliente del atardecer.

En el camino pasaron tres puestos del control de policía. En cada uno de ellos, Amatis les mostró el papel que le había dado el intérprete. Pase libre, envío especial de dos operarios de Monsanto. Si les preguntaban qué llevaban, Amatis les decía que herramientas. Todos asentían con un movimiento de cabeza y no se hacían más preguntas. Probablemente estaban al tanto del engaño, pero no iban a impedirles el paso a dos operarios de Monsanto con pase libre por envío especial.

–Herramientas, llevamos herramientas de Monsanto. –Repitió Amatis una vez más y pensó que ahora mismo que faltaba tan poco para culminar el viaje él mismo se lo había creído. Y, después de todo, era una mentira a medias. Tanto él como el marroquí, Vinchuca y el resto de los operarios, todos eran herramientas de Monsanto, más baratas que cualquiera de las más modernas máquinas con implantes neuronales. Con el dinero que iba a recibir con la entrega del marroquí no alcanzaba para pagar ni una sola pieza de cualquier avería en cualquiera de las máquinas.

11

Zhenya tiene las patas delanteras apoyadas sobre el borde la pileta, el hocico encima de ambas. En el otro extremo hay una gruesa manguera azul, enorme, de donde chorrea un hilito aceitoso de un líquido ámbar. Dos operarios conversan animosamente unos pasos más allá. Zhenya reconoce a Hassan. Le está diciendo a su compañero que si la manguera continúa chorreando toda la noche existe riesgo de amanecer inundado. Enseguida se disponen a reparar la

fuga, con parches y el equipo necesario. La punta se negaba a la acción de cualquier adhesivo, estaba cubierta de una lámina babosa y hedionda. Zhenya olfateó el aire y se sorprendió de reconocer el penetrante olor de la bilis. Se le ocurrió que aquel desagüe, entonces, quizás perteneciera al funcionamiento orgánico del Campo. Probablemente una conexión con un motor central, una especie de inmenso hígado metálico encargado de la limpieza y correcto funcionamiento de los canales de irrigación continuos. Los operarios iban y venían con sus herramientas, calentaron un soplete y derritieron, finalmente, la punta de la manguera. Tardaron un poco encastrando unos caños en el interior. Caños ya utilizados en varias reparaciones de aquel estilo, arreglos provisorios a largo plazo. Hassan le dijo al otro que era todo lo que podían hacer de momento, después lo ajustó con una pinza y el líquido dejó de fluir. El olor penetrante, sin embargo, seguía allí, Zhenya lo olisqueaba y se le hacía agua la boca. Estaba hambrienta.

Zhenya se recuesta de lado y luego gira sobre su lomo, intentando acaparar la atención de los operarios. Con su trabajo terminado aprovechan a poner música y sacar las cartas. Juegan truco. En cuclillas, lanzan los naipes sobre el césped liso diseñado por los ingenieros de Monsanto. Zhenya mordisquea el césped pero con cuidado de no tragarse ninguno. Sería mortal ingerir el mínimo gramo de aquella vegetación de probeta. Porque si bien a la vista y al tacto es agradable, su ingesta produce vómitos, fiebre y muerte. Claro que los ingenieros de Monsanto, mientras lo diseñaban, no pensaban en mascotas ni en niños. Al final, retiraron el césped de toda la Metrópolis. Sin embargo, en el Campo se lo siguió usando, pues era bonito y aquel no era lugar para mascotas ni para niños. Desde luego, Zhenya era una privilegiada.

Los operarios proseguían su juego, hasta que uno se quedó mirando la manguera sellada.

–No te preocupés, quedó bien. –Le dice Hassan.

Zhenya vuelve a recostarse de lado y lanza un soplido. Olisquea el aire, de donde poco a poco se ha desvanecido el aroma a bilis.

Hassan prende un cigarrillo y mira en dirección al cielo, donde sólo pueden verse las inmensas luminarias y las torres de operación. Pone cara de tahúr y guiña un ojo a Zhenya, luego mira a su compañero:

– ¡Truco!

Lo cantó bien. Tenía el ancho de espada.

– ¿Te carteaste?

– ¿Pero qué decís?

–Es una broma, es una broma.

–Gil.

Zhenya escucha la conversación trivial como si fuese el presagio de un evento trascendental. Luego se para lentamente y estira el lomo apoyando sus patas delanteras. Luego siente una mano tibia y huesuda apoyarse en su cabeza, y por un segundo en su memoria hay un destello de aromas y emociones que le recuerdan a Amatis. No puede evitar sacudir la cola y comenzar a dar pequeños saltos. Sin embargo, en cuanto mira hacia atrás, el río de emociones se frena de golpe.

Los operarios siguen su juego. Uno de ellos sacó un pan de uno de sus bolsillos. Parte un trozo y se lo acerca al animal que acaricia distraídamente mientras se fija cuánto tiene para el envido.

12

Amatis llevaba la delantera en la ruta. Vinchuca llevaba el motor encendido sin embargo su compañero pedaleaba. Entonces, Amatis frenó en seco. Cuando Vinchuca llegó a donde estaba él, frenó, preocupado, y le preguntó:

–¿Qué te pasó? ¿Estás bien?

Amatis estaba detenido en medio de la ruta, la vista fija en el suelo, inspirando y exhalando a ritmo acelerado.

Vinchuca movió la cabeza de un lado a otro y encendió un cigarrillo.

–¿Con qué necesidad tanto esfuerzo? ¿Por qué no usar el motor? Ya casi estamos por llegar…

Amatis tomó una gran bocanada de aire y le respondió:

–Ya lo sé. Faltan diez kilómetros.

Vinchuca se pasó las manos por el rostro y el pelo. Bostezó.

–¿Y por qué paramos de golpe, chú? ¿Eh? ¿Qué acelga? –Preguntó, insistente, tocándole un hombro a su compañero.

–Me parece que lo mejor sería llegar al amanecer. –Amatis habló con lentitud, extrae su dispositivo temporal bajo su manga y se lo muestra a Vinchuca. La luz azul estaba parpadeando y comenzando a tornarse violeta. –Está en color violeta, la oficina debe estar cerrada, ya todos deben estar durmiendo. Pensaba… ¿a vos te gustaría que te despierten y te traigan esta carga que llevamos? Pienso que… no sé… Mejor nos quedamos tranquilos una última noche. ¿No te parece?

Amatis prendió luego un cigarrillo. Los dos compañeros miraban hacia adelante, los cincuenta metros de asfalto iluminado por los focos de un par de bicicletas. El resto era completa oscuridad. Desde la oscuridad llegan los sonidos de cultivos sometidos al tratamiento de fertilizantes experimentales.

Chillidos, lamentaciones y quejidos. Y no es como el viejo cementerio Micmac, no. Desgraciadamente, aunque mires hacia otro lado el lamento de los vegetales está allí, rasguñando el aire con lobreguez. Vinchuca pensó que Amatis finalmente había enloquecido. Quizás a causa de los gritos de aquellos vegetales. Había historias de viajeros que sólo podían pasar la noche allí si tapaban sus oídos con cera. Vinchuca cayó en la cuenta en aquel preciso instante, y se le ocurrió, además, que quizás acababa de cometer una imprudencia.

–Qué se yo, chamigo. Igualmente, ya estamos jugados. –Dijo Vinchuca. –La verdad es que yo tampoco conocía estos parajes.

–No, ya sé. Pero escuchá. No somos más que herramientas desechables. ¿Qué es lo que estamos haciendo? Llevamos un cuerpo despedazado para que lo incineren y desaparezca sin más. ¿Eso es lo que nos toca?

Vinchuca resopla.

–Y sí. Es feo, chú. Y es feo el laburo que nos tocó. ¡Me cago en las horas extras! –Vinchuca golpeó su manubrio para dar énfasis a sus palabras. –Está bien. Esperemos a que amanezca. Lo que sí, no sé vos, pero yo voy a poner algo de música.

Lo dijo con la esperanza de ahuyentar los sonidos de los vegetales. Seleccionó una pista al azar y comenzó a reproducir. Eran las danzas folklóricas rumanas en piano interpretadas por Bartok.

Amatis escuchó la melodía y se sintió transportado más allá del organismo agrario al que estaban confinados. Respiró el aire enrarecido de la noche y los sonidos de los vegetales, aquellos quejidos y lamentos poco a poco se fueron apagando.

–Ya está muy oscuro. –Lo interrumpió Vinchuca. –¿Hacemos un fuego?

Se acomodaron al costado de la ruta, en el paraje vacío. Armaron una pequeña fogata con ramas secas. No por el frío sino por la soledad. Escucharon los trabajos en piano de Bartok durante toda la noche. Poco después, Vinchuca quedó dormido. Amatis simplemente se concentró en las melodías.

13

Zhenya se acomoda sobre una de las bicis del estacionamiento.

–Bienvenido– saluda una voz electrónica que simula feminidad– Indique su destino después de la señal.

El pitido de las pulsaciones ofuscó a Zhenya, sintió una vez más deseos de ladrar como un modo de evadir aquella onda sonora. Pero se contuvo. En cambio, dijo:

- Recorrer el perímetro exterior.

El vehículo se puso en movimiento, los pedales comenzaron a moverse solos. Zhenya acomodó su cola en el descansapiés trasero.

- Realizando ajustes para redistribución de masa. - Anunció la voz electrónica.

Zhenya sintió cómo el vehículo se inclinaba para acomodarse a su postura de cuatro patas, tamaño mediano. En posición vertical, un tanto inclinada, Zhenya se sentía incómoda y sabía que horas después la columna le dolería por mantener tan estiradas las patas delanteras sobre aquel manubrio.

Siente el aire golpeándole el rostro con mucha mas fuerza que de costumbre, como cuando se limita al uso de sus patas. Los rayos del amanecer descienden sobre su cara con suavidad. Su rostro impasible observa el horizonte, la verja que marca el límite del Campamento Granjero, lo

atraviesan y entran en una zona de limpieza de máquinas, a un costado, a la izquierda, se abre un camino que desciende cinco mil metros en una inclinación de cincuenta y dos grados, una pendiente peligrosa, que conduce directamente a la Gran Cosechadora. Equivocarse el camino equivale a la muerte segura, a menos que uno se dedique a la reparación del mecanismo. Caso contrario uno termina siendo aplastado por las correas y engranajes.

Avanzan aumentando la velocidad. Se adentran en una cosecha de hortalizas multicolor. Es la hora de riegue y mangueras de diferente pigmentos salpican los vegetales. Entrando y saliendo de la tierra, como aguas danzantes. A la distancia, el efecto era un fenómeno fascinante. Zhenya se contuvo de preguntarse qué clase de comidas necesita un ingrediente así. ¿O acaso el destino del vegetal sería otro? No, Zhenya no lo sabía.

Avanza por la orilla del camino, donde las piedras están sueltas y hacen más pesada la marcha de las ruedas. Por aquel sector es común cruzarse con operarios, algunos realizando tareas de mantenimiento, otros simplemente quemando el tiempo a espaldas de las cámaras del Campamento Granjero; Zhenya saluda levantando una pata y los operarios, que la conocen bien, le responden sonriendo. Un escarabajo faldero se cruza en su camino y sale a querer incrustar su cuerno en el vehículo de Zhenya. El vehículo apresura la marcha y gira en zigzag para esquivar satisfactoriamente la arremetida del insecto. Cuando lo cruzan Zhenya lo observa, es casi de su mismo tamaño, de contextura exoesquelética y corriendo veloz. Pero se cansa enseguida.

Una vez tuvo un altercado con una de esas criaturas. Caminando por el perímetro externo, y totalmente de sorpresa, un escarabajo la atacó de costado. Sólo tuvo un pequeño rasguño, y, aunque no quería, tuvo que matar al insecto, aplastando su viscosa cabeza con la fuerza de sus dientes. El gusto inmundo de aquella alimaña no se le fue por una semana. Afortunadamente

tampoco no se veían muchos, los operarios las liquidaban porque arruinan la cosecha. Los escarabajos se mostraban inofensivos ante ellos, les temían y se arrojaban a sus trampas y venenos. Sin embargo, ante Zhenya... Supone que es por su especie animal. Pero no, Zhenya tampoco sabe esto.

Hay un par de operarios en un puesto de observación terrestre. Zhenya los escucha conversando sobre la posibilidad de que Amatis y su compañero volvieran del viaje al anochecer. Su cola no pudo evitar comenzar a sacudirse. Para evitar enredarse en los rayos de la rueda, Zhenya se detuvo a un costado del puesto. Indirectamente, volvió a intentar husmear en la conversación ajena. Había oído bien. Pero aún faltaban horas para el esperado regreso. Apenas estaba amaneciendo.

Los operarios bebían un café con pastillas mientras miraban un documental en 3D. Zhenya escuchaba las palabras pero no alcanzaba a distinguir las imágenes.

- Pasillo tras pasillo, uno más idéntico que el otro, avanzamos por una secuencia detallada de pautas discretas. Una receta de un poquito de esto con un poquito de aquello. Cada detalle diseñado para alcanzar los objetivos previstos exitosamente. Todo ello ocurriendo en oficinas... dentro de otras oficinas. Estas oficinas no sólo poseen espacio sino que también vienen adornadas con tiempo y experiencia. Divididos y empaquetados jerárquicamente en discretas unidades para transmisión eficiente. Directamente desplazados de emisores a receptores.

Las pastillas que tomaban eran recetadas. Eran un regulador de micciones y antibióticos. Con su olfato, Zhenya pudo distinguir que ambos hombres sufrían de una grave infección urinaria. Los miró al rostro y les movió la cola, ellos le acariciaron la cabeza. Nunca los había visto en el Campamento

Granjero, estaba segura. Con el volumen bastante alto, la voz del documental se oía por encima de la conversación entre aquellos operarios:

- En busca de nuevas alternativas para incrementar espacios y explorar nuevas posibilidades nos dejan indagar en modos diferentes en que nos vemos a nosotros mismos, y que tan pronto literalmente, la posibilidad de poder crear mentiras perspectivas justo delante de nuestros ojos. La distancia que separa nuestros ojos significa que existe una diferencia en la mirada que cada uno produce. Por lo tanto no existe una mirada única, correcta. Esto se evidencia observando alternativamente utilizando un ojo y otro por separado. Y este desplazamiento - paradoja- es lo que nos permite percibir la profundidad. Nuestra visión estetoscópica es la creación e integración de dos miradas. Observar, tal como el andar bípedo, constituye una constante negociación entre dos partes separadas. Cuando el planeta gira alrededor del sol y completa media vuelta lo que se crea son dos puntos horizontales similares a los ojos separados por una distancia inmensa. El desplazamiento de las observaciones de cada uno contra una distancia cósmica vuelta atrás nos permite calcular la distancia de las estrellas. Por lo tanto, desachatando el cielo nocturno podemos revelar las vastas profundidades del espacio.

Aguzando sus oídos, Zhenya oyó que uno de ellos dijo al otro que la vida era muy puerca y que quizás ellos mismos deberían emprender sus viajes en secreto, directamente al Incinerador. El otro le contestó que no se hiciera el bobo. La cuarentena podía ser indefinida pero había un cuerpo médico que hacía un seguimiento de aquella afección.

Zhenya se alejó lentamente sin comprender tampoco qué extraña enfermedad había aunado en la vida de aquellos hombres en apariencia sanos. Pero algo en sus ojos se revelaba. Sabían que estaban enfermos pero no sabían de qué, ni cuáles eran sus síntomas. Un completo bienestar pero con la

conciencia de estar bajo efectos que alteran sus percepciones. Sugestión, dirían algunos. Algún delicado proceso de hipnosis, sugirieron los psiquiatras. Nadie lo sabía. No era un trastorno vitamínico tampoco. Todos concordaban en que aquellos hombres estaban enfermos pese a no manifestar síntoma alguno. Estaban "marcados".

Por eso mismo Zhenya jamás los había visto. Excluidos del Campamento Granjero, su única función como operarios había sido entrar en contacto en la plantación de vegetales experimentales con fertilizantes de concentración radioactiva. Luego, habían acabado en aquel puesto. Confinados de modo indeterminado y condenados a soportarse el uno al otro. Con provisiones y entretenimiento, al menos, pero era imposible evadir discusiones con temperamentos tan violentos. Comenzaron a discutir en voz alta, luego a los gritos. Zhenya estaba de nuevo fuera, a un costado del camino, pensando en la relación que podría llevar con alguien de su misma especie.

14

Vinchuca estaba en silencio. Pasaban las horas en la sala de espera, sólo acompañado por una música ambiental, minimalista, y se acordó de las plazas de la Metrópolis donde alguna vez, de niño, oyó melodías parecidas. Entonces, creía que el mundo era un lugar feliz. Ahora el sonido lo transportaba a regiones más oscuras de su pensamiento.

Pensaba en el lento y desagradable acto que fue la entrega del cuerpo.

Descendieron por una colina que los depositó en la entrada del Incinerador a las ocho en punto de la mañana. El sol ya volvía a calentar la tierra. Una decena de escarabajos falderos entrenados le salieron a cortarles el paso. No los

atacaron, sólo les impedían seguir a riesgo de aplastar sus pestilentes cabezas. Tras los escarabajos falderos, se fue asomado gente. Empuñaban pistolas de rayos, no se mostraban amigables, y Amatis tuvo la sensación de que alguien camuflado le apoyaba una punta fría en la espalda y lo obligaba a bajarse de la bicicleta y caminar. A los gritos, les preguntaron quiénes eran y a qué venían.

Amatis sintió la presión que lo empujaba al piso y luego vio a Vinchuca cayendo del mismo modo. El sol reflejó el camuflaje que sospechaba usaban los atacantes. Amatis alcanzó a mostrarles el carnet que tenía colgando del cuello y los ánimos se calmaron un poco, pero aún les apuntaban desde direcciones imposibles de precisar. Les revisaron las mochilas. El equipaje era el mismo que habían informado. Los escoltaron con rigidez hasta el interior del edificio y luego les ordenaron avanzar por un túnel que dijeron conectaba directamente con el Incinerador.

Vinchuca y Amatis caminaron por la recta estrecha y hermética de paredes lisas que conformaba aquel túnel. Ya sin temor y entendiendo que toda la violencia anterior no era sino parte de un protocolo. De no ser así, ya los habrían asesinado unas veinte veces a cada uno.

Tras ellos, los escarabajos falderos comenzaron a seguirlos, como para que apresurasen el paso. Los soldados encargados de proteger el Incinerador reían desde el otro extremo del pasillo. Vinchuca aprovechó la distancia para sacar un encendedor y prender un sahumerio dulce que hizo retroceder a lo escarabajos. Quedaron atrás, cada vez más lejos, y no se escucharon más sonidos de aquel lado del túnel. Unos cuantos metros más adelante el túnel se abrió a una sala espaciosa donde sólo había sillas y una música que transportó a Vinchuca a su infancia e hizo pensar a Amatis en las melodías de los supermercados de Metrópolis.

Con los ojos entrecerrados, como en trance, Vinchuca se acomodó sobre uno de las butacas, toda su conciencia puesta al servicio de una memoria que Amatis no pudo identificar. Lo dejó reposar allí, lo ayudó a quitarse su mochila y se encaminó con todo el equipaje hasta una pequeña puerta en un extremo de la habitación.

Golpeó dos veces y una ventanilla se abrió. Un hombre regordete, calvo y de gruesos lentes le preguntó qué buscaba.

- Entrega. - Dijo Amatis mostrando su carnet y enseñando los documentos correspondientes.

El hombre tomó los papeles, los selló, los abrochó y los colocó a un costado. Luego le indicó una portezuela donde depositar el cuerpo. Sin cobertura alguna, le dijo el hombre de la ventanilla. Amatis maldijo su suerte por tener que desnudar al cadáver. El aroma de la putrefacción ya había comenzado a asomarse y Amatis debió colocarse guantes para cumplir su tarea. Cuando terminó, el hombre regordete le informó que, como el operario había sufrido un accidente y había quedado en dos partes, la entrega del cuerpo debía hacerse en dos depósitos. Amatis se quejó, el hombre se mostró comprensible pero le aseguró que aquellos pormenores no eran sino miserias de la burocracia. Luego de depositado el cuerpo, Amatis volvió a la ventanilla y recibió el dinero. Era mucho más del que le habían prometido. No preguntó por qué. Guardó todo el dinero en una de las mochilas y fue a retirar a Vinchuca de su letargo. Le dio unas bofetadas, pero Vinchuca no se ofendió, sino muy por el contrario, se mostró sorprendido y asustado, preguntando dónde se encontraba.

- Tomá, prendete uno. - Le dijo Amatis ofreciéndole fuego.

Lo arrastró por el túnel en dirección inversa para encontrar el pasillo lóbrego y vacío. Todos se habían retirado. Salieron al vestíbulo del edificio y

luego, sin perder tiempo, avanzaron al exterior. Amatis escuchó una ráfaga de disparos al aire, quizás una advertencia, por lo que apretaron el paso. La amenaza había surtido mejo efecto en Vinchuca, quien ahora se movía despejado. Se subieron a sus bicicletas e hicieron girar sus pedales sin mirar atrás.

- ¿Por qué fue todo eso?

Vinchuca miraba a Amatis en busca de respuestas.

- ¿Serán siempre así las entregas?

- Qué se yo. Por algo nunca quiere venir nadie. - Respondió Amatis con lo primero que se cruzó por su cabeza.

No podía pensar más que en el dinero y la cantidad excedente que había recibido. Seguramente había sido un error, y había sido un error más grande el no notificarlo y quedarse con todo. El error de la codicia. En cualquier caso, no imaginaba el modo en que el dinero pudiera cambiar su suerte. No quería volver a la Metrópolis, además, si lo hacía, lo descubrirían más deprisa. Detuvo el vehículo en seco y Vinchuca lo imitó, sorprendido, para luego acercarse a su compañero.

- ¿Qué pasa?

- Nada. Tomá.

Amatis acompañó su respuesta entregándole la mochila entera.

- ¿Cómo? ¿Me querías cagar?

Amatis lo negó.

- No. No. Tomá. Esta es tu parte. - Aseguró Amatis.

Su compañero lo miró sin comprender, sosteniendo la mochila con el dinero de la entrega y más.

Amatis lo miró una última vez y luego empezó a pedalear de nuevo, alejándose de Vinchuca cada vez más, en dirección opuesta al Campamento Granjero y sin rumbo fijo.